

IV Domingo Tiempo Ordinario

Jeremías 1, 4-5. 17-19 Corintios 12, 31-13, 13 Lucas 4, 21-30

“Ningún profeta es bien recibido en su tierra”

31 Enero 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“SI NO TENGO AMOR, NO SOY NADA”

El otro día leí un comentario que me llamó la atención: “*El ser humano es un desastre, una especie fallida, y sus relaciones están condenadas al fracaso, sólo que a veces, y aquí entra el factor suerte, las cosas funcionan*”. ¿Es todo en la vida cuestión de suerte? ¡Cuántas veces hemos echado la culpa de todo a la buena o a la mala suerte! Es mala suerte perder un partido, que un noviazgo salga mal o que un proyecto fracase. Es buena suerte aprobar un examen, sacar una oposición, encontrar a la chica de tu vida o el trabajo anhelado. La suerte llega a convertirse en una obsesión. Todos queremos tener suerte. La lotería y los juegos de azar triunfan en todas partes. Una lesión inoportuna, una caída inesperada, un accidente sorpresivo, son sucesos calificados como “mala suerte”. Sin embargo, no es cierto que con frecuencia surgen las preguntas: *¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?* Porque a veces no sabemos si lo que aparentemente nos parece terrible luego nos lleva a resultados buenos, totalmente inesperados. Esto me recuerda un pequeño cuento que lo ilustra muy bien: “*Un granjero vivía en el campo con su mujer y su hijo. Era un hombre de Dios y no se precipitaba en sus juicios. En una ocasión su caballo se escapó en una noche de tormenta. Sus vecinos comentaban: ¡Qué mala suerte! Y él les respondía: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? A los pocos días, el caballo regresó acompañado de otros cinco caballos salvajes. Fue una gran alegría para todos. Sus vecinos decían: ¡Qué buena suerte! Y él les respondía de nuevo: ¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe? Días después su hijo, que ya tenía 18 años, quiso montar un caballo salvaje, se cayó y se rompió la pierna. Los vecinos comentaron: ¡Qué mala suerte! El granjero comentaba: ¿Mala suerte? ¿Buena suerte? ¿Quién sabe? Pocos días después aparecieron para reclutar a los mayores de 18 años para la guerra. Su hijo, por tener la pierna rota, quedó liberado. ¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?*”. Esta historia se me quedó grabada hace mucho tiempo. Desde entonces, ante cada suceso, me viene la misma pregunta: *¿Buena suerte? ¿Mala suerte? ¿Quién sabe?*

Se habla de la suerte del campeón y se elogia la suerte de las personas, casi como si se tratara de un talento. Es una suerte ganar la lotería o que todo lo que probemos nos resulte bien. Buscamos tener suerte en todo y muchas personas buscan que le echen las cartas, para saber la suerte que les espera. Pero, *¿Dónde está Dios presente en la suerte?* Para muchos Dios no interviene, está ausente de nuestra vida y del mundo. Dios no actúa con nosotros. Todo es cuestión de suerte y el azar guía el mundo. Lo terrible es cuando nosotros, que sí creemos en Dios, actuamos como si no existiera y achacamos a la suerte, a la casualidad, la acción providente de Dios. Decía **Benedicto XVI** en Caritas in Veritate (70): “*El ser humano no es un átomo perdido en un universo casual, sino una criatura de Dios, a quien Él ha querido dar un alma inmortal y al que ha amado desde siempre*”. Las palabras de **Jeremías muestran cómo Dios conduce:** “*Recibí esta palabra del Señor: «Antes de formarte en el vientre, te escogí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te nombré profeta de los gentiles. Tú cíñete los lomos, ponte en pie y diles lo que yo te mando. No les tengas miedo, que si no, yo te meteré miedo de ellos. Mira; yo te convierto hoy en plaza fuerte, en columna de hierro, en muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo. Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo*

estoy contigo para librarte.» Oráculo del Señor. Jeremías 1, 4-5. 17-19. La vocación del profeta nace en el seno materno. Cuando pienso en mi propia vida y en mi vocación, veo la mano de Dios detrás de acontecimientos que, en ese momento, califiqué de buena o mala suerte. Las consecuencias entonces no las vi claramente, ahora, mirando hacia atrás, veo una mano de Dios guiando y protegiendo. Siempre que escucho a Jeremías el corazón se alegra. **Un Dios así, que nos ama desde el inicio de nuestra vida, un Dios que actúa en nuestra vida diaria. Él nos ha escogido desde el comienzo y no olvida.**

Pero lo normal es que lleguemos a pensar que Dios está ausente en la mala suerte.
¿Qué papel tiene Dios en nuestra vida en los momentos de desgracias y oscuridad?
¿Estamos realmente condenados al fracaso y sólo la suerte nos salva? Yo creo
firamente que la vida no es cuestión de suerte. Por un lado creo que todos tenemos una gran responsabilidad en la vida. Nuestros actos son fundamentales. No depende del azar. Que una relación funcione o fracase no depende de la suerte. Depende del esfuerzo, del sacrificio y, antes de eso, de hacer una correcta elección en la vida. Nuestras decisiones determinan nuestro camino. No da igual una cosa que otra. Depende siempre de aquello que elegimos. La lectura de **S. Pablo** de hoy, que tan bien conocemos, nos muestra esa realidad. La mejor elección es el amor, todo lo demás importa poco:
"Ambicionad los carismas mejores. Y aún os voy a mostrar un camino excepcional. Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos plátanos que aturden. Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber, podría tener fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada. Podría repartir en limosnas todo lo que tengo y aun dejarme quemar vivo; si no tengo amor, de nada me sirve. El amor es paciente, afable; no tiene envidia; no presume ni se engríe; no es mal educado ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, aguanta sin límites. El amor no pasa nunca". **Es la lectura preferida para las bodas y en ellas se expresa el deseo más profundo del alma: Amar sin medida.**

Podríamos hacer un ejercicio cada vez que tenemos la oportunidad de rezar con este texto. Si reemplazamos la palabra amor por nuestro propio nombre: **¿Qué resulta?**
¿Somos pacientes, creemos sin límites, aguantamos sin límites, somos afables?
¿Tenemos envidia, presumimos o nos engréimos, somos egoístas o maleducados?
¿Llevamos cuenta del mal, nos alegramos de la injusticia, nos irritamos? Este examen de conciencia en el amor nos ayudaría a descubrir en qué tenemos que crecer. Seremos probados en el amor. Es lo único que importa en la vida. La caridad es lo que permanece, porque todo lo demás pasa y no queda nada: *"¿El don de profecía? Se acabará. ¿El don de lenguas? Enmudecerá. ¿El saber? Se acabará. Porque limitado es nuestro saber y limitada es nuestra profecía; pero cuando venga lo perfecto, lo limitado se acabará. (...)En una palabra: quedan la fe, la esperanza, el amor: estas tres. La más grande es el amor".* Corintios 12, 31-13, 13. El amor, sin embargo, por ser eterno, permanece para siempre. **Decía S. Basilio:** Dios *"es tan bueno que lo único que exige de nosotros es que lo amemos por todo lo que nos ha dado"*. Dios es amor y sólo quiere que amemos en respuesta al amor recibido. Sin embargo, perdemos energías y fuerzas, nos agobiamos y enfermamos, preocupados por todo aquello que es perecedero y se acaba. Y nos quedan pocas fuerzas para amar. Nuestra vocación más importante es el amor, dar amor y estar dispuestos a ser amados. **Sin embargo, se preguntaba Jean-Paul Sartre:** *"¿Por qué debiéramos sentir amor por los hombres?"* Y otra persona hacía una reflexión sin esperanza: *"Amor es sólo un salvoconducto para lograr que nos quieran, también interesadamente, para ser aceptados, para vivir en armonía, para lograr "nuestras" aspiraciones".* **¿Es posible amar a otros gratuitamente, como Dios ama?** Es posible, si Dios nos hace capaces para el amor. Hoy nosotros nos cuestionamos la profundidad de nuestro amor: **¿Cómo es la calidad de nuestro amor? Amar nos exige tiempo y energía, ¿cuánto tiempo y energía invertimos?**

El Evangelio de hoy nos habla del amor de Dios y del rechazo del hombre, que no es capaz de recibir el amor. En ocasiones el corazón no está preparado para acoger mensajes de esperanza y perdón: «*En aquel tiempo, comenzó Jesús a decir en la sinagoga: «Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír»* Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de sus labios. Y decían: «*¿No es éste el hijo de José?*». El Texto completo de **Isaías** leído en la Sinagoga dice: «*A pregonar el año de gracia del Señor, el día de venganza de nuestro Dios*» Isaías 61, 3. Lucas hace notar que Jesús ha roto un paralelismo antitético, dejando fuera ese día de venganza de nuestro Dios. Deja de lado el castigo a los pueblos paganos. Sus conciudadanos se dieron cuenta y se admiraron, escandalizados, no con admiración surgida de la alabanza. Jesús manifiesta que se trata de una misión de gracia para todos y es recibido con incomprendimiento de su pueblo, que no entienden cómo Él, el hijo del carpintero, puede cambiar las palabras del profeta y excluir el castigo. Así comienza el rechazo del pueblo, que no quiere el perdón de los enemigos y no acepta a Jesús. La Palabra de Dios se hace carne y no es recibida en medio de su gente. Su mensaje es demasiado radical y lo rechazan: «*Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos y, levantándose, lo empujaron fuera del pueblo hasta un barranco del monte en donde se alzaba su pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se alejaba*». Lucas 4, 21-30. Como nos dice **S. Ambrosio**: «*Jesús ni rechaza a los que quieren estar con Él, ni obliga a los que no quieren*». **Su palabra de gracia no es acogida.**

Y es que no estamos preparados para un mensaje de tanta misericordia. Es curioso, aceptamos sin problema que gente lejana a nosotros gane millones y triunfe, sin preocuparnos demasiado; no obstante, reaccionamos mal si el que gana tanto es alguien muy cercano. ¿Envidia? ¿Inseguridad? Son sentimientos que surgen al ver cómo los demás crecen a nuestro lado y nosotros pasamos desapercibidos, sin pena ni gloria. **Jesús sabe lo que está en el alma de su pueblo, conoce al hombre:** «*Y Jesús les dijo: «Sin duda me recitaréis aquel refrán: "Médico, cúrate a ti mismo"; haz también aquí en tu tierra lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún.*» Y añadió: «*Os aseguro ningún profeta es bien recibido en su tierra*». Nos cuesta entender que alguien cercano a nosotros, alguien de nuestra misma sangre, pueda ser distinto. Nos cuesta aceptar que personas a las que conocemos bien desde siempre, adquieran una fama sorprendente. Nos cuesta reconocer sin envidia el éxito de los cercanos, el triunfo de los que son como nosotros, la fama de los que nos parecen normales. En MT 13, 54-57 escuchamos: «*¿De dónde ha sacado este todo lo que sabe? ¿Cómo puede hacer tales milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? Y su madre, ¿no es María? ¿No son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas, y no viven sus hermanas también aquí, entre nosotros? ¿De dónde ha sacado todo esto? Y no quisieron hacerle caso.*» **¿Qué hay detrás del rechazo? ¿Envidia, vanidad, rabia, orgullo?** Normalmente una insatisfacción con nosotros mismos. No nos aceptamos en nuestra pobreza y no queremos que nadie destaque demasiado. Nos cuesta que otros sobresalgan mientras nosotros pasamos desapercibidos. Nos cuesta creer en la santidad de los más cercanos. Aquellos cuyo pecado se nos hace más visible. El otro día leí una oración que hay que rezar con calma. Es una oración del Cardenal **Merry del Val**: «*Del deseo de ser estimado, alabado, honrado, aplaudido, preferido a otros y consultado, librame, Jesús. Del temor de ser humillado, despreciado, calumniado, olvidado e injuriado, librame, Jesús. Que otros sean más amados, más estimados que yo; que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse; que otros sean más alabados y a mí no se me haga caso; que otros sean preferidos a mí en todo. Que los demás sean más santos que yo con tal de que yo sea todo lo santo que pueda*». Esta oración nos ayudaría a vivir la vida con más humildad y mansedumbre, **con la conciencia de saber que Dios nos quiere con locura tal como somos y que por eso no debemos sentirnos menos queridos por Él.**

Jesús se sabe profeta y se presenta como tal. Tiene autoridad para omitir la venganza y proclamar el amor incondicional para todos, porque para eso ha venido; y lo hace fundamentándolo en dos historias recogidas en la historia del pueblo de Israel; historias

en las que **Elías** y **Eliseo** son los protagonistas. De esta forma no queda duda sobre la intención de Dios: “Os garantizo que en Israel habla muchas viudas en tiempos de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses, y hubo una gran hambruna en todo el país; sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón”. Jesús hace referencia a 1 Reyes 17,9: “Ve a Sarepta de Sidonia, allí mandaré una mujer viuda que te alimente”. Esta viuda pagana es salvada en la necesidad, mientras, seguramente, otras viudas de Israel, igualmente necesitadas, no fueron socorridas en situación tan dramática. Dios no hace diferencia de personas y salva al extranjero, al enemigo, al que Él quiere. Nos puede parecer injusto. Podemos caer en el juicio contra ese Dios que actúa de forma tan poco racional. Es el mismo sentimiento que podemos tener el pensar en Haití. ¡Cuántas personas necesitadas! Dios debería socorrer a todas. Todas deberían salvarse. Pero, ¿**Cómo entender el actuar de Dios?** Muchas preguntas sólo serán respondidas en el cielo. De la misma forma ocurre en el relato del milagro de Eliseo: “Y muchos leprosos hablaban en Israel en tiempos del profeta Eliseo; sin embargo, ninguno de ellos fue curado, más que Naamán, el sirio.” El texto se refiere al relato recogido en 2 Reyes 5, 10: “Ve y lávate 7 veces en el Jordán”. El egipcio fue, por orden de Eliseo, a lavarse al río Jordán. Allí se lavó y quedó curado al instante. Creyó y fue curado. Otro extranjero es librado de la lepra, mientras que muchos leprosos de Israel murieron sin ser curados. ¿**Dónde está la justicia de Dios? Quién la entiende?**

Puede que nos parezca desproporcionada la reacción del pueblo de Nazaret. Quieren matar a Jesús y no aceptan su mensaje. Hay que entender la conciencia tan clara de pueblo escogido que tenía Israel. **El salmo** recoge esta experiencia de elección: “Mi boca contará tu salvación, Señor. A ti, Señor, me acijo: no quede yo derrotado para siempre; tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído, y sálvame. Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi pena y mi alcázar eres tú, Dios mío, líbrame de la mano perversa. Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías. Mi boca contará tu auxilio, y todo el día tu salvación. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas”. Sal 70, 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17. Israel sabía que era el pueblo predilecto de Dios. Y tenía conciencia de la no elección de otros pueblos, enemigos de Israel. Es por eso que no entienden que no haya castigo para los no elegidos. Aceptan el año de gracia y se sorprenden de la ausencia del día de venganza de Dios. Los familiares de Jesús, que le habían visto crecer a lo largo de 30 años, sólo querían que Dios les mostrase su elección y les hiciera ver su amor sanador y salvador. Sólo buscaban milagros que manifestaran un amor predilecto. **¿Por qué Jesús se negó a los milagros en su propia tierra?**

Seguramente el motivo era su falta de fe. No creerían si no había milagros. Mientras tanto seguirían pensando que era uno de ellos, el hijo de José, el carpintero. No había nada extraordinario en su vida. 30 años de silencio y vida normal, oculta en las sombras de Nazaret. ¿Qué podía hacer pensar que era un profeta? Habrían oído hablar de milagros en Cafarnaúm, pero en su tierra ninguno. Allí Jesús vivió 30 años sin llamar la atención y, en poco tiempo, ya su fama se extendía por los alrededores. En Cafarnaúm realizó casi la mitad de los milagros (se dice que realizó en total 35 milagros específicos): “Tú, Cafarnaún, ¿crees que van a levantarte hasta el cielo? ¡Hasta lo más hondo del abismo serás arrojada! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, esa ciudad habría permanecido hasta el día de hoy” Mt 11, 23. Cafarnaúm fue lugar de predilección y, no obstante, sus habitantes no creyeron. Se acostumbraron a tener al Señor y no fueron capaces de cambiar de vida. Hoy sólo quedan unas pocas ruinas que nos recuerdan lo importante que es cambiar el corazón. No basta con ver los milagros, porque podemos acostumbrarnos a lo extraordinario. En Cafarnaúm fueron testigos de muchas curaciones milagrosas y ellos no cambiaron. El mismo Herodes quería ver un milagro de Jesús, no para cambiar, sino por curiosidad. Casi la misma curiosidad de los

habitantes de Nazaret. El milagro transforma la vida si le precede la fe. Los milagros aumentan la fe. Sin embargo, si no hay fe como preámbulo, es muy difícil la conversión. Jesús se apena por la falta de fe. Tanto de los de Nazaret, sus familiares y vecinos, como de Cafarnaúm; no tenían fe, no cambian de vida, no creen en Jesús como camino, verdad y vida. Hoy vemos muchos milagros o esperamos milagros para creer. Somos testigos de grandes maravillas y no cambiamos de vida. Recorremos lugares maravillosos, donde la naturaleza nos habla de Dios y no cambiamos nada. Conocemos a personas santas y no iniciamos un nuevo camino. **En definitiva, nos resistimos al cambio. Los milagros nos alegran pero no nos transforman.**

Y nosotros, pese a todo, somos llamados hoy al cambio de vida. Jesús se presenta en Nazaret para invitarnos al seguimiento. Se trata de la presentación de su camino de salvación para el hombre y la respuesta es el rechazo. Hoy nos pasa algo parecido cuando el cristiano muestra con su vida el camino de Cristo. **Decía Santo Tomás de Aquino, a quien hemos celebrado esta semana:** “*El deber de mi vida es ser consciente de que me debo totalmente a Dios y quiero cumplir con este deber de modo que no sólo mis palabras, sino todos mis actos, sean los signos de un lenguaje que sólo habla de Dios*”. Ésa es nuestra misión en la vida: hablar de Dios, manifestar su gracia, su misericordia, anunciar su salvación. Sin embargo, en muchas ocasiones, recibiremos el rechazo y el odio como respuesta. Si así le fue al maestro, igual le irá al discípulo. El rechazo nos apena y nos puede desalentar. La escena de hoy debe ser un motivo para la esperanza. Jesús no se desanima, se aleja porque es rechazado, pero no pierde la esperanza. A nosotros, que fácilmente nos desanimamos, nos viene bien escuchar este fracaso de Jesús. No se convirtieron las masas, no lo aclamaron como Salvador, no dieron un vuelco a sus vidas. **Muy al contrario, se indignaron, intentaron matar a Dios y lo expulsaron de su presencia. Si así le fue a Jesús, ¿Qué nos espera a nosotros?**

Pienso en toda la energía que invertimos tratando de quedar bien y de agradar a los que nos rodean. Cuando no lo conseguimos nos entristecemos. Hoy Jesús es rechazado por los suyos, por los que sí le conocían. Un testimonio del **Cura de Ars nos motiva.** **Decía:** “*Hoy he recibido dos cartas. En una me decían que soy un santo, en la otra que soy un charlatán. La primera nada me ha añadido, la segunda nada me ha quitado*”. El rechazo de Jesús es el que esperamos recibir en muchas ocasiones. Y no por ello dejaremos de ser felices y confiar en su conducción. **Somos testigos, al mismo tiempo, del rechazo de Dios que existe alrededor de nosotros.** El **P. Kentenich, que vivió muchas veces ese rechazo en su vida**, decía: “*El motivo más profundo para el rechazo de un Dios personal en el hombre moderno es una soberbia desenfrenada. (“Seréis como dioses” Gn 3,5)”*¹. La soberbia es el pecado de los conciudadanos de Jesús y es el pecado de tantos que hoy se niegan a cobijarse en Dios. No aceptan el amor incondicional, ni la gratuidad de la entrega. **S. Juan Bosco, rechazado por su sociedad y por la Iglesia en muchas ocasiones**, cuando salió de una dura enfermedad, les dijo a todos sus hijos espirituales: “*Os debo la vida; pero estad seguros, de ahora en adelante la derrocharé toda por vosotros*”. La entrega de la vida es el único sentido de nuestro amor, aunque no siempre sea bien recibido. Sólo esa entrega es el camino para que el corazón se convierta. Así lo hizo Cristo y nosotros seguimos su ejemplo. Pero antes de que el corazón esté preparado para recibir amor, ha de experimentar sus límites y su pobreza. Lo decía el **P. Kentenich**: “*Para convertir al hombre que quiere ser Dios hay que dejar que escarmiente en carne propia, que se quiebre su vitalismo*”². Si no se quiebra en su fragilidad, seguirá cerrado en la violencia que despierta su propia soberbia, su propio deseo de valer, de vencer en la vida. **Hoy le pedimos a Dios que venza en nosotros y nos dé su amor. Hoy nos toca aceptar su entrega con corazón humilde.**

¹ JOSÉ KENTENICH, *Niños ante Dios*, 60

² Ibídem